

contento aún, tuviese valor de engañarla para llevarla á su casa é imponerla aquel terrible dilema: ó la abnegacion, ó el sacrificio.

La niña se convirtió de pronto en mujer, y en mujer heroica.

—Matadme si quereis,—exclamó; pero nunca seré vuestra—

—¿Nunca?—dijo Aguado.—Bien está. Todos los dias vendré á preguntaros; tendré suficiente paciencia para esperar. ¡Ay de vos si no comprendéis que ser mi esposa es vuestra única salvacion!

Y despues de pronunciar estas palabras, partió, cerrando la puerta y dejando sola á Isabel.

Apenas se vió libre de la presencia de aquel hombre, prorumpió en amargo llanto.

Todas sus esperanzas se desvanecieron, y llamó á la muerte con la vehemencia de la desesperacion.

Al dia siguiente, cuando Aguado fué á verla, la halló con una fiebre y un delirio espantosos.

Inmediatamente dió orden para que llevasen un lecho á aquella habitacion, depositó en él á la jóven y corrió á buscar un médico.

La idea de que podia morir sin realizar sus deseos, fué la chispa que encendió en su pecho la pasion volcánica que más tarde le convirtió en esclavo de la jóven.

capitulo LXXX.

Donde la víctima manda y el verdugo obedece.

La enfermedad de Isabel se agravó.

Durante muchos dias, el médico que la asistia aseguró que la crisis debia ser fatal.

Imposible es describir el interés, el cuidado, el celo que desplegó el seductor para salvar á su víctima.

El peligro que corria la hacia adquirir doble prestigio á sus ojos.

El ambicioso inhumano hubiera dado todos sus honores, todas sus riquezas por salvarla.

Afortunadamente la juventud pudo dominar la enfermedad, y al cabo de un mes entró Isabel en convalecencia.

Nada le faltó.

Una camarera de toda la confianza de Aguado estaba continuamente á su lado.

Este, temiendo que su presencia pudiera molestarle, dejó de verla algunos días; pero no pudiendo contener el deseo de contemplar á aquella mujer, á quien habia arrancado de la garras de la muerte, entró en su aposento.

La impresion que recibió la jóven fué tan grande, que empeoró; y para que aquella recaída no fuese fatal, hubo necesidad, con arreglo á las prescripciones del médico, de llevarla al campo.

Aguado mandó preparar una litera, y la condujo á una de las posesiones que habia comprado al regresar del Nuevo Mundo.

Más de medio año la tuvo allí encerrada; pero podia pasear por un jardin cuyas elevadas tapias impedían que fuese descubierta por miradas extrañas.

En este tiempo la pasion llegó al último grado.

Isabel estaba completamente rejuvenecida.

Aguado quiso tener una entrevista con ella, y temiendo impresionarla fuertemente, le anunció con la camarera su deseo.

La jóven, por su parte, deseaba tambien verle para pedirle por favor que abreviase su martirio.

Al presentarse Aguado á Isabel, se cambiaron los papeles desde el primer momento.

El era el enamorado tímido.

Ella la mujer varonil, resuelta á jugar el todo por el todo.

A las amenazas sucedieron en los labios de Aguado los más cariñosos ruegos.

Isabel llegó á comprender que aquel hombre estaba verdaderamente apasionado de ella.

Pero en vez de inspirarle compasion aquel afecto, que era un castigo providencial, le inspiró horror.

Todos cuantos esfuerzos hizo en posteriores entrevistas para dominarla, fueron inútiles.

La resistencia de la jóven era cada vez más tenaz.

Un dia, al que hemos hecho alusion por boca de Sagredo, fué decidido á hablarla por la última vez.

La desesperacion le impulsó á atropellarlo todo.

La escena pasaba en una habitacion que tenia una ventana sin hierros, con vistas al jardin, y á una elevada altura del suelo.

—Si dais un paso más,—dijo la jóven, al ver que se acercaba á ella,—me arrojo por esta ventana, y no tendreis en vuestro poder más que un cadáver.

Aquellas palabras indicaban una resolucion tan arraigada, que el seductor cayó de rodillas, y cediendo ante la idea de perderla:

—Pues bien: ya que no seais mia,—la dijo,—no habeis de ser de nadie. Aguardad aquí mis órdenes.

Y desapareció, y por la primera vez de su vida fué á confiar al obispo Fonseca la situacion de su espíritu.

Este, que necesitaba el concurso de Aguado para la realizacion de sus ideas, aprovechó la ocasion para condenar aquella pasion, indigna, en su concep-

to, de un hombre sério, y dándole el consejo que le pedia:

—La justicia la ha buscado,—le dijo;—la misma reina ha demostrado un gran empeño en que pareciera y en castigar á sus raptores. Es necesario que no pueda sospecharse nunca que sois vos quien la ha arrebatado de los brazos de su madre.

—¿Y de qué medios podemos valernos para eso?

—Es necesario que entre en un convento.

—En España sería fácil hallarla.

—Yo me encargo de hacer que la conduzcan á Portugal, y allí se ignorará siempre quién es.

Fonseca cumplió su promesa, y la jóven fué en la litera que procuró Aguado hasta una venta próxima á la quinta.

Allí se presentó á ella un hombre encubierto, que la entregó un papel.

La jóven leyó en él estas palabras:

«Si declarais quién sois, coincidirá con vuestra declaracion la muerte de vuestra madre y la de vuestro amante Villejo.

»Si por el contrario, seguís y obedecéis ciegamente al que os entregue este escrito, estad segura de que al final de la jornada tendreis el premio de vuestro silencio.»

—Disponed de mí,—dijo Isabel.

Aquella noche durmió en la venta, y á la mañana siguiente, muy temprano, la llamó el desconocido, y conduciéndola hasta la puerta del meson, la hizo subir en una mula, en la que habia colocadas unas ja-

mugas; en otra montó él, y un anciano, arriero de profesion, tomó del ramal la caballería donde iba la jóven, poniéndose en marcha por caminos extraviados.

Al cabo de muchas jornadas llegaron los tres á Portugal, y en uno de los pueblos más próximos á la frontera se detuvieron delante de un convento de monjas.

El desconocido entró con Isabel en el locutorio, y entregó una carta á la madre abadesa.

Esta la leyó, y despidiéndose del que habia acompañado á la jóven, mandó á ésta que la siguiera.

Isabel quedó allí en calidad de novicia.

Comprendió que eran poderosos sus enemigos, que si revelaba aquel secreto peligrarian las personas más queridas de su corazon, y resolvió aguardar á que la Providencia acudiese en su auxilio.

Cuando Diego Mendez llegó á Sevilla, lo primero que hizo fué averiguar por medio de Soria el contador si estaba allí Isabel Monteagüdo.

Lo único que pudo saber despues de muchas investigaciones, fué que se habia embarcado en un buque y que habia partido algunos dias antes con rumbo á Portugal.

Recordó entonces que en la última entrevista que habia celebrado aquella mujer con Sagredo habia adquirido indicios del paradero de la jóven secuestrada, y prosigió su viaje hácia la córte, que se encontraba á la sazón en Valladolid.